

**Resumen del curso ‘Ser
cristiano, celebrar la vida’
del Profesor Antonio
Oliver**

Sobre el autor

Antonio Oliver Monserrat nació el 29 de mayo de 1926 en Vilafranca de Bonany (Mallorca), una tierra que siempre permaneció unida a su identidad. Falleció el 9 de enero de 1994 a causa de un paro cardíaco, dejando un legado intelectual y espiritual que continúa inspirando a miles de personas.

Sacerdote teatino, historiador, filósofo, humanista y extraordinario comunicador, Antonio Oliver fue una de las figuras más brillantes del pensamiento español de la segunda mitad del siglo XX. Ingresó muy joven en la Orden de Clérigos Regulares (Teatinos), donde profesó sus votos religiosos en 1943 y fue ordenado sacerdote en Roma el 4 de marzo de 1950.

Su insaciable vocación por el conocimiento le llevó a desarrollar una sólida formación académica internacional. Se licenció en 1952 en Historia de la Iglesia en la Universidad Gregoriana de Roma obteniendo el doctorado dos años más tarde. Diplomado en Biblioteconomía y Archivística por la Escuela Vaticana, amplió estudios en el Instituto Católico de París y en la Universidad de Friburgo. Durante cinco años fue alumno del filósofo Martin Heidegger, una experiencia que marcaría profundamente su forma de comprender al ser humano, la cultura y la trascendencia.

Especialista de referencia en la figura de Ramón Llull, fue profesor de la Maioricensis Schola Lullística, colaboró en la edición crítica de las obras latinas del pensador mallorquín en la Universidad de Friburgo y formó parte del Consejo Rector del Estudio General Luliano de Palma. Su actividad docente se extendió también a la Universidad Autónoma de Madrid donde impartió el curso de Humanidades Contemporáneas y a la Universidad Pontificia de Comillas, donde impartió Historia del Pensamiento.

Sin embargo, quienes lo conocieron coinciden en que su mayor talento no residía únicamente en su extraordinaria erudición, sino en su capacidad para hacer accesibles las grandes preguntas de la existencia. Orador excepcional, poseía un don poco común para comunicar ideas complejas con claridad, profundidad y belleza. A partir de 1981 impartió numerosos cursos y seminarios sobre humanidades, antropología, mitología y pensamiento, convirtiéndose en un maestro admirado por generaciones de alumnos.

Sus conferencias trascendían el ámbito académico y trataban en profundidad al hombre y a Dios, focalizándose en el sentido de la vida, del mito, de la libertad y de la condición humana. Quienes asistían a sus clases recuerdan auditorios siempre llenos y un silencio absoluto ante una palabra capaz de despertar asombro, reflexión y esperanza. Décadas después de su

fallecimiento, muchas de aquellas enseñanzas siguen escuchándose y continúan encontrando nuevos oyentes, prueba de la vigencia de un pensamiento que nunca perdió actualidad.

A lo largo de su vida desempeñó importantes responsabilidades dentro de la Orden Teatina, entre ellas las de Prefecto de Estudiantes, Superior del Seminario Teatino de Son Espanyolet, Director del Colegio de San Cayetano y Vicario Provincial, combinando siempre el servicio pastoral con una intensa actividad intelectual.

Fue también una referencia imprescindible para los estudios sobre Ramón Llull, la historia de la Iglesia y el pensamiento medieval, con numerosas publicaciones que siguen siendo objeto de consulta por investigadores y especialistas.

Como reconocimiento a una trayectoria dedicada al conocimiento, la enseñanza y el servicio, fue nombrado Hijo Ilustre de Vilafranca de Bonany tras su fallecimiento. Hoy una calle de Palma de Mallorca lleva su nombre, recordando a quien hizo del pensamiento una forma de iluminar la vida de los demás.

Antonio Oliver Monserrat fue siempre reconocido por sus alumnos como un maestro sabio y humilde cuya influencia no termina con su tiempo. Su voz continúa resonando porque supo responder, con inteligencia, sensibilidad y una profunda humanidad, a las preguntas que siguen acompañando al ser humano generación tras generación.

Índice

Introducción	4
La vida se nos ha manifestado	5
La vida como tensión	8
La resurrección de Jesús	12
La vida como aventura y celebración	15

Introducción

Este documento trata de resumir el *curso 'Ser cristiano para celebrar la vida'* que el P Antonio Oliver impartió 1993.

El curso tiene una duración de más de 5 horas que han sido transcritas y luego resumidas para poder condensar en un discreto resumen las principales ideas que el autor trata de transmitir.

La fuerza de la palabra de Oliver es imposible de plasmar en un documento resumido, sin embargo es posiblemente una buena puerta de entrada para que si el lector encuentra resonancia en sus ideas pueda dirigirse a los audios completos que se encuentran disponibles de manera gratuita.

La vida se nos ha manifestado

La vida se manifiesta allí donde el hombre descubre que ha pasado de la muerte a la vida. Esta afirmación de la Primera Carta de San Juan resume el núcleo del cristianismo y expresa una realidad mucho más profunda que una simple esperanza futura. El cristiano no espera únicamente vivir algún día después de la muerte, sino que comienza ya ahora a participar de esa vida nueva inaugurada por Cristo. El paso de la muerte a la vida constituye el verdadero acontecimiento de la existencia creyente. Todo el Evangelio puede entenderse como la revelación de esa transformación interior que hace posible vivir desde la resurrección incluso antes de atravesar la muerte física. La vida cristiana nace cuando el hombre descubre que la Pascua no pertenece exclusivamente al futuro, sino que comienza ya en el presente y se desarrolla silenciosamente en el interior de la historia.

Los primeros cristianos poseían una conciencia muy viva de esta novedad. Sabían que convertirse a Cristo significaba entrar en una existencia completamente distinta. Con el paso de los siglos, sin embargo, el cristianismo ha corrido el riesgo de convertirse en una costumbre, en una tradición repetida casi mecánicamente y desprovista de su fuerza original. La rutina termina produciendo esterilidad. Un cristianismo que ya no transforma la vida deja de manifestar la fecundidad que le es propia. Allí donde el Evangelio pierde su capacidad de renovar al hombre aparece una fe envejecida, aferrada a formas exteriores pero incapaz de irradiar vida. La verdadera tradición nunca consiste en conservar inmóviles las expresiones del pasado, sino en dejar que la misma fuerza del Evangelio continúe creando hombres nuevos en cada generación. Toda realidad viva crece, madura y se renueva; sólo aquello que ha dejado de vivir permanece inmóvil.

La expresión «hemos pasado de la muerte a la vida» no describe una teoría, sino un hecho. El cristiano vive ya en el territorio de la resurrección. Cristo no afirma simplemente que resucitará a los hombres al final de los tiempos, sino que Él mismo es «la resurrección y la vida». Quien cree en Él comienza desde ahora a participar de esa vida nueva. San Pablo puede dirigirse a los creyentes diciendo: «Si habéis resucitado con Cristo...», porque considera que la resurrección ha empezado ya en ellos. La muerte deja de ser el destino definitivo para convertirse en una etapa dentro de un proceso mucho más amplio. Toda la existencia cristiana avanza desde el bautismo hacia una plenitud que ya está actuando en el presente. El futuro absoluto desaparece, porque el Reino de Dios ha comenzado ya a abrirse camino dentro del hombre. Morir no significa comenzar a resucitar, sino culminar una resurrección iniciada mucho antes.

Esta nueva situación transforma completamente la manera de comprender la realidad. En el territorio de la muerte incluso las experiencias más hermosas terminan desapareciendo. En cambio, en el territorio de la vida todo puede ser transformado en vida, incluso aquello que humanamente parece conducir a la destrucción. El sufrimiento, la enfermedad, la crisis, el fracaso o la misma muerte dejan de poseer la última palabra. La muerte ya no es muerte, porque Cristo, muriendo, destruyó definitivamente el poder de la muerte. Lo que antes aparecía como final se convierte ahora en el lugar donde nace una vida más profunda. La cruz no constituye el triunfo de la muerte, sino el surco donde germina la Pascua. El cristiano vive sostenido por la certeza de que ninguna realidad puede separar definitivamente al hombre de la vida cuando ésta ha sido asumida por Cristo y transformada desde dentro.

Sin embargo, esta vida nueva posee un criterio muy concreto que permite reconocerla. San Juan no dice que sabemos haber pasado de la muerte a la vida porque pertenecemos a una religión determinada, porque conocemos una doctrina o porque cumplimos unas prácticas religiosas. Afirma algo mucho más radical: «Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos». El saber cristiano no pertenece principalmente al ámbito de la inteligencia, sino al de la existencia. Saber significa amar. El conocimiento cristiano no consiste en acumular ideas sobre Dios, sino en vivir de tal manera que el prójimo deje de ser un extraño para convertirse verdaderamente en hermano. Cada vez que el hombre transforma al vecino en hermano atraviesa nuevamente el paso de la muerte a la vida. Por el contrario, cuando convierte al hermano en enemigo realiza el camino inverso y vuelve a instalarse en el territorio de la muerte, aunque exteriormente continúe considerándose creyente.

Desde esta perspectiva cambia también el sentido de los sacramentos. Ningún sacramento actúa automáticamente por el simple hecho de realizar un rito. Todos ellos sólo despliegan su verdadera eficacia dentro del territorio de la vida, es decir, allí donde existe amor. Cuando el creyente vive encerrado en el resentimiento, el odio o la indiferencia hacia los demás, permanece todavía en el territorio de la muerte y los sacramentos pierden su verdadero significado existencial. Las palabras de Jesús adquieren entonces toda su fuerza: antes de presentar la ofrenda es necesario reconciliarse con el hermano. La comunión con Dios no puede separarse de la comunión con los hombres. La liturgia deja de ser un acto aislado para convertirse en la expresión visible de una vida reconciliada. Sólo quien vive desde el amor puede celebrar auténticamente el misterio de la Pascua.

Esta comprensión convierte la fiesta en una categoría central de la existencia cristiana. La fe no nace del miedo ni del cumplimiento de obligaciones, sino de la alegría de saberse incorporado a

la vida de Cristo. Toda celebración cristiana anuncia que la muerte ha sido vencida y que la vida definitiva ya ha comenzado. La Eucaristía ocupa el centro de esta experiencia porque hace presente sacramentalmente la Pascua del Señor. Sin embargo, la verdadera fiesta no depende del esplendor exterior de una celebración, sino de la realidad interior que expresa. Allí donde el hombre vive reconciliado con Dios y con sus hermanos, toda la existencia se convierte en una celebración permanente de la vida. La alegría cristiana no ignora el sufrimiento, sino que nace precisamente de saber que incluso el sufrimiento ha sido incorporado al camino de la resurrección.

El amor adquiere así un alcance mucho más profundo que un simple sentimiento. Constituye la forma concreta mediante la cual el hombre participa de la misma vida de Dios. El juicio definitivo no se establecerá sobre la cantidad de prácticas religiosas realizadas, sino sobre la capacidad de amar. La enseñanza de San Juan coincide plenamente con el juicio final descrito por San Mateo: lo decisivo será siempre aquello que el hombre haya hecho con sus hermanos. El cristiano descubre entonces que la religión encuentra toda su verdad cuando conduce al amor. Las prácticas religiosas, la doctrina, la liturgia y los sacramentos conservan un valor inmenso, pero únicamente cuando ayudan al hombre a vivir desde esa lógica de la fraternidad. Separados del amor pierden el sentido para el que fueron instituidos.

Toda la existencia aparece iluminada desde esta certeza. El Reino de Dios no constituye únicamente una promesa futura, sino una realidad que ya actúa silenciosamente en el interior del hombre. Cada gesto de reconciliación, cada acto de entrega, cada hermano recuperado y cada experiencia de comunión hacen visible que la resurrección continúa creciendo dentro de la historia. El cristiano vive ya desde la otra orilla, porque ha comenzado a participar de una vida que la muerte no puede destruir. La Pascua deja entonces de ser únicamente un acontecimiento del pasado para convertirse en la forma permanente de vivir. Quien descubre esta realidad comprende que el cristianismo no consiste principalmente en esperar otra vida, sino en dejar que la vida definitiva transforme desde ahora toda la existencia humana y convierta el mundo entero en el lugar donde Dios continúa manifestando incesantemente su victoria sobre la muerte.

La vida como tensión

La existencia humana sólo puede comprenderse desde la tensión. Todo cuanto vive permanece constantemente abierto hacia una realidad mayor que todavía no posee. El hombre nunca coincide plenamente consigo mismo porque siempre está llamado a ser más de lo que ya es. Pretender alcanzar una situación de estabilidad absoluta equivale a detener el movimiento mismo de la vida. La creación entera avanza mediante una tensión continua entre lo que ya existe y aquello que está naciendo. El presente no constituye una realidad cerrada, sino un puente entre un pasado que ha dado cuanto podía ofrecer y un futuro que comienza a abrirse paso. Esta situación adquiere una intensidad especial en los grandes momentos de cambio histórico, cuando una época termina y otra empieza a gestarse. Lejos de ser una amenaza, esa tensión constituye precisamente el signo de que la historia permanece viva y continúa avanzando hacia su plenitud.

La propia revelación cristiana muestra que Dios actúa siempre a través de esta lógica. Jesucristo no puede definirse únicamente como Dios ni únicamente como hombre. Ambas afirmaciones, tomadas aisladamente, resultan insuficientes. Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre al mismo tiempo, pero sobre todo es la perfecta unión entre ambas realidades. En Él lo divino y lo humano no permanecen separados ni confundidos, sino que viven en una comunión permanente. La encarnación manifiesta que la plenitud nunca nace de la eliminación de las diferencias, sino de su encuentro. La tensión deja entonces de entenderse como un conflicto para convertirse en el espacio donde el amor realiza su obra. Lo mismo sucede con toda la realidad creada. El cuerpo y el espíritu, el tiempo y la eternidad, la historia y el Reino de Dios no constituyen mundos opuestos, sino dimensiones llamadas a encontrarse y fecundarse mutuamente. Allí donde el hombre pretende separar radicalmente estas realidades termina destruyendo la riqueza propia de cada una de ellas.

También la Iglesia participa de esta misma dinámica. No puede reducirse a una institución puramente espiritual ni identificarse únicamente con una organización visible. Su misión consiste precisamente en mantener unidas ambas dimensiones. Del mismo modo, tampoco el Estado ni la sociedad pueden comprenderse prescindiendo completamente de la dimensión espiritual del hombre. Toda realidad auténticamente humana necesita abrirse a una dimensión que la trascienda. Cuanto mayor es la dignidad de una comunidad, mayor necesidad tiene de un fundamento espiritual que dé sentido a su existencia. La historia demuestra que las sociedades que intentan vivir únicamente desde criterios materiales acaban perdiendo el horizonte que

orienta su desarrollo. La vida humana sólo alcanza equilibrio cuando permanece abierta a aquello que la supera y la impulsa constantemente hacia una plenitud mayor.

Esta tensión se manifiesta igualmente en el propio desarrollo de la historia. Ninguna época puede considerarse definitiva. Cada generación nace de la anterior y prepara silenciosamente la siguiente. El mundo nuevo no aparece destruyendo completamente el antiguo, sino brotando de él como un hijo nace de su padre. El pasado no constituye un obstáculo que deba eliminarse, sino la condición necesaria para que pueda existir el futuro. Al mismo tiempo, el pasado sólo encuentra su verdadero sentido cuando acepta dar paso a una realidad nueva. Padre e hijo existen mutuamente; ninguno puede comprenderse sin el otro. La historia avanza precisamente porque sabe morir para seguir viviendo. Toda auténtica renovación nace de esta tensión creadora entre continuidad y novedad. Por eso los momentos de crisis no deben interpretarse únicamente como decadencia, sino también como el trabajo silencioso mediante el cual Dios prepara una etapa distinta de la historia humana.

Sin embargo, toda esta tensión necesita un lugar donde alcance su verdadera orientación. La historia no puede caminar indefinidamente sin una meta. Existe un punto donde lo temporal comienza ya a abrirse hacia lo eterno, donde el esfuerzo humano deja de agotarse en sí mismo y adquiere una dimensión que permanece para siempre. Ese lugar es la Iglesia. No entendida únicamente como institución visible, sino como el ámbito donde Dios y el hombre se encuentran, donde la historia empieza a participar de la eternidad y donde el Reino comienza ya a hacerse presente. La Iglesia constituye el punto de sutura entre el tiempo y la eternidad, entre la creación que avanza y la plenitud definitiva hacia la que todo se dirige. Allí lo pasajero adquiere un valor eterno porque es asumido por el amor de Dios. La Iglesia aparece así como el lugar donde el Reino empieza ya dentro de la historia antes de manifestarse plenamente al final de los tiempos.

Esta visión modifica profundamente la comprensión de la creación y de la salvación. El hombre no puede salvarse aislado del resto de la creación, porque toda su existencia depende de ella. La historia humana, la naturaleza, el cosmos entero forman parte de una única realidad llamada a alcanzar su plenitud en Dios. San Pedro habla de «un cielo nuevo y una tierra nueva», indicando que la salvación no afecta únicamente al alma humana, sino a toda la creación. Nada de cuanto Dios ha creado queda excluido de este destino. El hombre lleva consigo toda la historia anterior y toda la riqueza del universo. No puede alcanzar la plenitud sin arrastrar consigo la creación entera. Por eso el cuidado del mundo no constituye una cuestión secundaria, sino una consecuencia directa de la esperanza cristiana. Destruir la creación significa dañar también el camino del hombre hacia su propia plenitud, mientras que respetarla supone colaborar con la obra creadora de Dios.

La Iglesia hace presente esta transformación mediante la celebración. Toda celebración cristiana expresa que aquello que parece pasajero participa ya de la eternidad. Sin embargo, cuando los sacramentos se convierten en simples actos administrativos o en obligaciones rutinarias pierden precisamente aquello que constituye su esencia. La celebración no consiste en cumplir un rito, sino en reconocer que Dios está transformando la vida humana desde dentro. El bautismo celebra el nacimiento de una vida llamada a la eternidad; el matrimonio celebra un amor humano que desea participar del amor definitivo de Dios; la penitencia celebra la posibilidad siempre nueva de comenzar de nuevo; la Eucaristía celebra la presencia de Cristo que convierte la existencia cotidiana en alimento de vida eterna. Cuando desaparece la celebración, los sacramentos corren el riesgo de convertirse en gestos vacíos que tranquilizan la conciencia sin transformar verdaderamente la vida.

Especial importancia adquiere el sacramento de la penitencia. No puede entenderse como una simple revisión del pasado ni como un mecanismo destinado únicamente a recuperar la tranquilidad interior. Su verdadera finalidad consiste en abrir el futuro. Arrepentirse significa preguntarse qué debe cambiar todavía en la propia vida para crecer hacia la plenitud. La penitencia no invita a permanecer detenido contemplando los errores cometidos, sino a proyectar una existencia nueva. El creyente no acude al sacramento para cerrar definitivamente un capítulo, sino para recibir la fuerza necesaria que le permita seguir caminando. La verdadera reconciliación no adormece la conciencia; la despierta y la impulsa hacia una conversión más profunda. También aquí la tensión vuelve a aparecer como condición indispensable de toda vida espiritual auténtica.

La Eucaristía constituye la expresión suprema de esta realidad. En ella lo humano y lo divino alcanzan su máxima unión. El pan y el vino, frutos de la creación y del trabajo del hombre, son asumidos por Cristo y transformados en signo de su presencia. Toda la creación parece orientarse hacia este momento, donde aquello que es limitado comienza a participar de la vida infinita de Dios. La Eucaristía revela que la materia no está destinada a desaparecer, sino a ser transfigurada. Toda la creación lleva inscrito un deseo de plenitud que sólo puede realizarse cuando entra en comunión con Cristo. De este modo, la celebración eucarística anticipa ya el destino definitivo del universo entero: convertirse plenamente en Reino de Dios.

La tensión deja entonces de ser un motivo de angustia para convertirse en el signo más claro de la esperanza. Todo cuanto existe camina hacia una plenitud que ya ha comenzado. El Reino no pertenece únicamente al futuro; está presente allí donde el amor transforma la historia y donde la Iglesia hace visible la acción de Dios en medio del mundo. La creación continúa avanzando, la

humanidad sigue creciendo y el hombre permanece siempre abierto a una realidad mayor que él mismo. La vida cristiana consiste precisamente en aceptar esa tensión permanente, no como una amenaza, sino como la fuerza que impulsa toda la existencia hacia el encuentro definitivo entre Dios y el hombre, donde el tiempo desembocará finalmente en la eternidad.

La resurrección de Jesús

La resurrección de Jesús constituye el núcleo de toda la experiencia cristiana. San Pablo lo expresa con absoluta claridad cuando afirma que «si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe». No se trata de una afirmación secundaria dentro del cristianismo, sino del fundamento sobre el que descansa toda la vida de la Iglesia. Si la resurrección desapareciera, los sacramentos perderían su sentido, la liturgia quedaría reducida a un conjunto de ritos y la fe dejaría de ofrecer una verdadera esperanza al hombre. Todo el cristianismo nace y vive de este acontecimiento. La celebración cristiana no recuerda simplemente un hecho ocurrido en el pasado, sino que hace presente una vida nueva que continúa actuando hoy. La resurrección no pertenece únicamente a Jesús; constituye también el destino y la vocación de todo ser humano. Por eso celebrar a Cristo resucitado significa celebrar simultáneamente la posibilidad de una humanidad nueva.

La vida cristiana sólo adquiere sentido cuando se convierte en una experiencia verdaderamente vital. No basta con conservar unas prácticas religiosas ni con cumplir determinadas obligaciones. El hombre necesita descubrir el punto donde Dios entra en contacto con lo más profundo de su existencia y transforma toda su vida desde dentro. Allí donde la religión queda reducida a costumbres, hábitos o normas externas, deja de ser vida para convertirse en una estructura vacía. La práctica religiosa sólo posee valor cuando brota de una experiencia interior capaz de integrar toda la persona. El encuentro con Dios pertenece al centro mismo de la existencia humana y no puede limitarse a ocupar un lugar periférico entre las múltiples actividades de la vida cotidiana. Cuando Dios deja de ocupar ese centro, el cristianismo pierde progresivamente su capacidad de renovar al hombre y acaba sobreviviendo únicamente como una tradición social desprovista de fuerza transformadora.

Esta situación explica la profunda crisis que atraviesa el cristianismo contemporáneo. Muchas prácticas religiosas continúan realizándose, pero ya no consiguen expresar aquello para lo que nacieron. Con frecuencia la asistencia a la Eucaristía responde más al cumplimiento de una obligación que al deseo de celebrar la victoria de la vida sobre la muerte. Del mismo modo, otras muchas prácticas piadosas pueden mantenerse exteriormente mientras el corazón permanece distante de aquello que realmente significan. La obediencia posee ciertamente un valor, pero no puede confundirse con la verdadera experiencia religiosa. El miedo al castigo o el simple cumplimiento de un mandato no constituyen todavía el encuentro gozoso con Dios. La religión comienza allí donde el hombre descubre la alegría de sentirse alcanzado por una vida que

transforma toda su existencia. Allí donde sólo permanece la obligación, la fe corre el riesgo de perder su dinamismo y convertirse en una carga incapaz de despertar esperanza.

La resurrección de Cristo modifica radicalmente esta perspectiva. No representa únicamente la victoria personal de Jesús sobre la muerte, sino el comienzo de una nueva condición para toda la humanidad. Cuando San Pablo afirma que Cristo es el primero de los resucitados está indicando que su Pascua inaugura el destino definitivo del hombre. La resurrección de Cristo anticipa y contiene la resurrección de todos. Por ello cada celebración cristiana participa ya de esa victoria definitiva. La comunidad reunida no recuerda simplemente un acontecimiento histórico, sino que entra sacramentalmente en la misma corriente de vida que brotó del sepulcro vacío. La liturgia deja entonces de ser un recuerdo para convertirse en una experiencia actual de resurrección. El creyente participa ya ahora de una vida que la muerte no podrá destruir jamás.

Esta certeza transforma también la comprensión de la Eucaristía. El domingo no puede entenderse como una obligación semanal impuesta desde fuera, sino como la gran celebración de la Pascua. Los primeros cristianos no se reunían movidos por el miedo ni por el cumplimiento de un precepto, sino por la alegría inmensa de saberse incorporados a la vida del Resucitado. Cada Eucaristía hacía presente aquella fuerza que había vencido definitivamente a la muerte y que continuaba actuando en la comunidad. De ahí que la celebración dominical constituyera el centro de toda la vida cristiana. Cuando desaparece esta conciencia pascual, la misa corre el peligro de convertirse en un acto rutinario que apenas transforma la existencia. Sin la experiencia de la resurrección, la liturgia pierde su capacidad de irradiar alegría y esperanza, quedando reducida a una simple repetición de gestos cuyo significado profundo acaba olvidándose.

La crisis actual no debe interpretarse únicamente como un proceso de decadencia, sino también como el final de una forma histórica de vivir el cristianismo. Muchas estructuras religiosas están agotando su recorrido porque ya no consiguen expresar adecuadamente la novedad del Evangelio. El cristianismo basado exclusivamente en obligaciones, prácticas repetidas o costumbres heredadas se encuentra llegando a su término. Sin embargo, precisamente cuando una forma envejece comienza a abrirse otra nueva. La Iglesia de Cristo no desaparece; se renueva constantemente. Mientras determinadas expresiones religiosas pierden fuerza, otras formas de vivir el Evangelio empiezan silenciosamente a surgir allí donde hombres y mujeres buscan una experiencia auténtica de Dios. Toda verdadera renovación nace desde dentro y no puede imponerse únicamente mediante normas o reformas externas. Como toda vida, también la Iglesia crece renovándose continuamente.

Por eso el futuro del cristianismo no depende principalmente de un aumento de conocimientos teológicos ni de una mayor acumulación de prácticas religiosas. La inteligencia resulta necesaria, pero no basta para engendrar vida. Lo decisivo es que la experiencia cristiana vuelva a convertirse en una fuente de luz capaz de transformar la existencia cotidiana. Las ideas sólo poseen valor cuando desembocan en una manera nueva de vivir. Una teología que no conduzca al encuentro vital con Cristo termina convirtiéndose en un ejercicio intelectual estéril. Del mismo modo, unas prácticas religiosas privadas de esa experiencia interior acaban siendo incapaces de responder a las preguntas profundas del hombre contemporáneo. La renovación cristiana exige recuperar la unidad entre fe, vida y celebración, de manera que cada gesto litúrgico vuelva a expresar verdaderamente aquello que significa.

Desde esta perspectiva también cambia la manera de comprender el aparente alejamiento de muchos hombres y mujeres respecto a la práctica religiosa. Con frecuencia ese alejamiento no expresa un rechazo de Dios, sino el rechazo de formas religiosas que ya no consiguen transparentar la vida del Evangelio. Allí donde la religión aparece reducida a obligación, muchos perciben intuitivamente que falta algo esencial. La búsqueda de autenticidad constituye, en muchos casos, una llamada a redescubrir el núcleo vivo del cristianismo. No se trata de abandonar la liturgia ni los sacramentos, sino de devolverles la profundidad que les pertenece. Sólo cuando vuelvan a ser verdaderas celebraciones de la vida podrán recuperar toda su fuerza evangelizadora.

La resurrección constituye, en definitiva, el criterio desde el que debe comprenderse toda la existencia cristiana. Allí donde la vida vence al miedo, donde la alegría supera a la obligación y donde la esperanza derrota al desánimo, comienza ya a manifestarse la fuerza del Resucitado. Toda celebración auténtica participa de esta realidad y anuncia que el hombre está llamado a una vida que ninguna muerte podrá destruir. El cristianismo no consiste principalmente en conservar unas prácticas heredadas, sino en vivir desde la certeza de que Cristo ha resucitado y de que esa misma resurrección continúa creciendo en el interior de cada creyente. Sólo desde esa experiencia podrá la Iglesia seguir siendo el lugar donde el hombre descubre el sentido definitivo de su existencia y celebra, ya desde ahora, la vida nueva que Dios le ofrece en Cristo.

La vida como aventura y celebración

La fe cristiana constituye una aventura permanente porque nunca permite al hombre instalarse definitivamente en ninguna seguridad. Creer no significa encontrar un refugio donde protegerse de las incertidumbres de la vida, sino aceptar un camino abierto hacia una realidad siempre mayor que permanece delante de nosotros. La aventura de la fe consiste precisamente en caminar sin poseer todas las respuestas, dejando que Dios conduzca la existencia hacia horizontes inesperados. El creyente no vive apoyado en certezas materiales ni en estructuras capaces de garantizarle el futuro, sino en una confianza que le impulsa continuamente a seguir avanzando. Cuanto mayor es la fe, menor es la necesidad de apoyarse en seguridades humanas, porque Dios mismo se convierte en el único fundamento capaz de sostener la vida. La existencia cristiana deja así de entenderse como una instalación cómoda para convertirse en un camino de descubrimiento constante, donde cada etapa abre nuevas posibilidades y revela aspectos todavía desconocidos del misterio de Dios.

Esta aventura desemboca necesariamente en la celebración. El cristianismo no celebra aquello que ya posee, sino aquello que espera. La esperanza constituye el verdadero motivo de la alegría cristiana. La Navidad expresa de forma privilegiada esta realidad porque Dios no entra en la historia como un ser plenamente realizado según los criterios humanos, sino como un niño que tiene toda la vida por delante. En ese nacimiento aparece condensado todo el futuro de la humanidad. Mientras las antiguas religiones imaginaban a sus dioses descendiendo con poder y grandeza, el Dios cristiano elige la debilidad de la infancia para revelar que el Reino comienza siempre desde lo pequeño, lo inacabado y lo aparentemente frágil. La celebración cristiana no nace de contemplar una obra terminada, sino de descubrir que Dios sigue creando y que la historia permanece abierta a una plenitud todavía mayor.

La infancia adquiere así un significado mucho más profundo que una simple etapa biológica. El niño representa la condición permanente del creyente. Toda la existencia está llamada a conservar esa capacidad de asombro, de confianza y de apertura al futuro que caracteriza a la infancia. Jesús no sólo nació niño, sino que hizo de la infancia el modelo de toda vida cristiana cuando afirmó que sólo quienes se hagan como niños podrán entrar en el Reino de Dios. La verdadera madurez no consiste en perder la infancia, sino en conservarla y hacerla crecer a lo largo de toda la vida. El hombre envejece cuando deja de esperar, cuando pierde la capacidad de sorprenderse y cuando se instala definitivamente en sus seguridades. Por el contrario,

permanece siempre joven quien continúa viviendo desde la esperanza y acepta que Dios siga conduciendo su historia hacia un futuro que nunca deja de abrirse.

Precisamente por eso la Navidad constituye una continua llamada a desmontar todas aquellas estructuras que pretenden encerrar a Dios dentro de los límites de la seguridad humana. Dios no nace en un palacio protegido por murallas, sino en un establo abierto, sin defensas y sin privilegios. El Evangelio muestra así que la presencia de Dios no se deja aprisionar por las construcciones que el hombre levanta para sentirse seguro. Allí donde todo parece perfectamente organizado, Dios corre el riesgo de quedar reducido a una idea o a una costumbre. En cambio, cuando el hombre acepta vivir con las manos abiertas y el corazón disponible, descubre que Dios sigue llegando de maneras siempre nuevas. La fe exige mantener abiertas todas las puertas porque nadie puede prever por dónde llegará el Señor. Quien pretende conocer de antemano el modo exacto en que Dios actuará termina cerrándose precisamente a la novedad con la que Dios acostumbra a manifestarse.

El relato de los pastores expresa admirablemente esta actitud. Ellos reciben el anuncio del nacimiento del Mesías, pero también una señal que rompe todas sus expectativas. Esperaban encontrar a un rey poderoso y descubren un niño envuelto en pañales. Dios desconcierta precisamente porque no responde a las imágenes que el hombre fabrica sobre Él. Toda búsqueda auténtica exige dejarse sorprender continuamente. El creyente no inventa a Dios según sus deseos, sino que aprende a reconocerlo allí donde nunca habría imaginado encontrarlo. La aventura de la fe consiste en permanecer disponible para este encuentro inesperado. Buscar a Dios significa aceptar que siempre será mayor que nuestras ideas y que aparecerá constantemente allí donde nuestras seguridades terminan. Sólo quien continúa buscando puede descubrir al Señor; quien cree poseerlo definitivamente deja de encontrarlo.

La figura de María ocupa un lugar central dentro de esta experiencia porque Dios quiso entrar en la historia a través de una mujer. El Evangelio subraya así que la acogida, la capacidad de escuchar, de gestar y de dar vida constituyen dimensiones esenciales de toda experiencia religiosa. Lo femenino representa esa disposición interior capaz de recibir la acción de Dios sin pretender dominarla. Allí donde esta dimensión desaparece, la religión corre el riesgo de transformarse en una estructura rígida, excesivamente preocupada por el control y la organización, pero incapaz de engendrar vida nueva. María aparece junto al pesebre recordando que toda auténtica renovación comienza siempre desde la capacidad de acoger antes que de imponer, de escuchar antes que de hablar y de dar vida antes que de ejercer poder.

El niño de Belén constituye también la síntesis de toda la historia humana. En Él confluyen las esperanzas acumuladas durante generaciones enteras. El Evangelio presenta a Jesús como fruto de una larga genealogía para mostrar que toda la humanidad caminaba silenciosamente hacia este nacimiento. Ninguna existencia queda aislada; cada generación entrega su herencia a la siguiente y todas convergen finalmente en Cristo. La Navidad manifiesta así que la historia posee una dirección y que el esfuerzo de tantos siglos encuentra sentido en la llegada de Aquel que reúne en sí todas las esperanzas humanas. El nacimiento de Jesús no pertenece únicamente a un pueblo o a una época concreta, sino que representa el nacimiento de una humanidad nueva que lleva consigo el patrimonio espiritual de todos los hombres.

Esta visión transforma también la comprensión del futuro. El mundo envejece cuando se aferra exclusivamente a las formas heredadas y pierde la capacidad de dejar nacer algo nuevo. En cambio, allí donde permanece vivo el espíritu de la infancia surge continuamente una creación renovada. Cada generación está llamada a hacer posible un nacimiento nuevo dentro de la historia. El futuro no se construye repitiendo mecánicamente el pasado, sino permitiendo que el niño de Belén siga naciendo en medio del mundo. La auténtica esperanza cristiana consiste precisamente en creer que Dios continúa inaugurando siempre un comienzo, incluso cuando las estructuras parecen agotadas y la historia atraviesa momentos de crisis. La Navidad recuerda cada año que ningún invierno posee la última palabra porque la vida encuentra siempre el modo de abrirse paso.

La vida cristiana termina convirtiéndose así en una celebración continua del futuro de Dios. El creyente camina sostenido por la alegría de saber que todavía queda mucho por recibir y mucho por descubrir. Cada día ofrece la posibilidad de volver a nacer, de recuperar la infancia interior y de dejar que Dios continúe haciendo nuevas todas las cosas. La aventura de la fe nunca concluye porque Dios permanece siempre delante del hombre, invitándolo a abandonar las falsas seguridades para entrar en una libertad cada vez mayor. La celebración cristiana nace precisamente de esta certeza: allí donde parece comenzar únicamente una nueva etapa de la historia, Dios está haciendo posible el nacimiento permanente del hombre nuevo, llamado a conservar para siempre la frescura, la esperanza y la alegría propias de un niño.